

ma propuesto por la coordinadora. También el estudio relativo a Puerto Rico se aleja de dicho esquema en tanto la autora, Consuelo Naranjo Orovio, rastrea más bien las influencias intelectuales del hispanismo literario y la presencia de los científicos españoles en la Universidad puertorriqueña. Es especialmente interesante, en este sentido, su indagación acerca de las redes de comunicación establecidas entre España y la isla de forma previa al exilio, que explicarían parcialmente las rutas seguidas después por algunos de estos exiliados-intelectuales (pp. 569 y sigs.). Este aspecto queda demostrado también en el caso de la recepción en Colombia.—ALICIA GIL LÁZARO, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, Salamanca.

Carlos de Sigüenza y Góngora: *Oriental planeta evangélico*, Antonio Lorente Medina (ed.). Madrid, Universidad de Navarra /Iberoamericana -Vervuert, 2008, 122 pp.

Carlos de Sigüenza y Góngora, una de las figuras intelectuales más señeras de México, fue un “sabio polémico”; llamado “humanista barroco” por unos y “enciclopedista” por otros, vivió en el complejo mundo barroco del siglo XVII. Todas sus obras (más de una docena) fueron publicadas en su tiempo, menos la que aquí reseñamos, y versan sobre ideas científicas, asuntos históricos, cuestiones cronísticas y exaltaciones hagiográfico-religiosas y morales en los que se advierte un corpus fundacional de criollismo o un elemental “patriotismo” americano. El poema *Oriental planeta evangélico* (actualmente en la Universidad de Austin, Texas) fue editado después de su muerte por su sobrino Gabriel López de Sigüenza en 1700.

La obra estudiada por Antonio Lorente se compone de dos partes. En la primera se encuentra una breve biografía de Sigüenza basada en tres etapas de su vida: la pertenencia a la Compañía de Jesús, a la Universidad y a la Corte virreinal; acompaña también a esta parte un análisis del origen, la estructura y el estilo del poema, la bibliografía y una nota del editor. La segunda contiene, en un preliminar escrito por el sobrino de Sigüenza, una carta, dos licencias, un parecer, un soneto y dos décimas, seguido del poema *Oriental planeta evangélico* dedicado “al apóstol grande de las Indias”, con notas explicativas a pie de página.

Sigüenza y Góngora fue expulsado de la Compañía de Jesús a la edad de veintidós años “por sus desórdenes y salidas nocturnas”, después de haber realizado con éxito estudios en el Colegio Máximo y alcanzado los “votos simples” en el Noviciado de Tepotzotlán. El suceso ocurrido en su juventud le marcó de tal manera que durante toda su vida trató de congraciarse con la Orden que le formó, lo cual consiguió *in articulo mortis*. Sin poder homologar los estudios realizados con los ignacianos, Sigüenza consiguió matricularse en Cánones en la Universidad, gracias a la reforma de sus estatutos promovida por Palafox y Mendoza. Pero al no poder terminar siquiera los cursos de bachiller, ingresó en la facultad de Artes, asistiendo a la cátedra de Matemáticas, de menor rango, y cursando dentro de ella la de Astrología, considerada marginal y complementaria, orientada básicamente hacia los pronósticos. Sigüenza no realizó una carrera universitaria de prestigio y, al terminar sus estudios, opositó a la misma cátedra de Matemáticas, por la que después recibiría un “cortísimo salario” que le obligó a buscar otros empleos, entre ellos el de cosmógrafo de la Nueva España, para sostener a su familia. Dado el poco reconocimiento alcanzado en la sociedad y su precaria situación económica puso una queja en boca de Alonso Ramírez, uno de sus personajes, reflejando su realidad personal: “títulos son estos que suenan mucho y valen muy poco y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia”.

Con la llegada del virrey conde de Galve a la Nueva España, la situación de Sigüenza comenzó a cambiar; el gobernante se convirtió en su protector, apreció sus méritos y aprovechó sus cualidades en beneficio del Virreinato al involucrarle en algunas actividades. Como cosmógrafo real sus tareas se incrementaron con los trabajos de ingeniería, astronomía, geodesia, agricultura, cartografía y geografía, que su cargo conllevaba (la mayor parte de su obra científica estuvo condicionada por este nombramiento). Entre sus obligaciones estaban la de predecir y hacer mediciones del sol y la luna, observar los movimientos planetarios, calcular la longitud y latitud más relevantes del Virreinato, estudiar la orografía e hidrografía del territorio, delinear el perfil de sus costas, levantar mapas generales y regionales, elaborar informes precisos sobre viajes de exploración y sobre la viabilidad de colonizar nuevas regiones. Estos informes (origen de *Libra astronómica y filosófica*, 1690) sirvieron a la estrategia de expansión hacia el norte de la Nueva España y el Golfo de México, que la Corona emprendió en las últimas décadas del siglo XVII. Los acontecimientos históricos relacionados con el hospital de la Inmaculada

Concepción, la fundación de la Universidad de México y el asunto de la aparición de la Virgen de Guadalupe le permitieron mantener una honestidad intelectual y un acuciado rigor histórico que le llevó a proponer a los historiadores un método de investigación sugiriéndoles que trabajasen en adquirir noticias en los archivos y las aplicasen al ejercicio de escribir historias. Esta convicción la puso en práctica al redactar *Relación de lo sucedido en la Armada de Barlovento* valiéndose de las cartas y diarios que el virrey puso a su disposición.

En la segunda parte del texto del editor Lorente Medina, “Origen y piezas de *Oriental Planeta Evangélico*”, encontramos las características y el análisis del poema. Lorente destaca la devoción de Sigüenza por San Francisco Javier, ubica el surgimiento del poema épico-religioso poco después del lamentable episodio de su expulsión de la Compañía de Jesús y muy probablemente, por su deseo de congraciarse con la “sacratísima religión”. La edición del texto que nos ocupa sigue a la de su sobrino Gabriel López de Sigüenza, en México en 1700, y a la de Irving A. Leonard, en Madrid en 1931.

El poema exalta las hazañas de San Francisco Javier en Oriente (India, Ceilán, Indochina, Indonesia y Japón) en noventa y cinco octavas liras (estrofa no muy frecuente, que combinaba la gravedad y elegancia de la octava real necesaria para la realización de un poema épico con la lira), desarrolla su discurso poético en exaltado tono apologético, sobre la vida y milagros del santo y la fuerza misionera de la Compañía puesta al servicio del papa. Esta composición contiene nombres mitológicos, lugares idílicos y cualidades morales, todos superpuestos, permanentemente entre un plano real y un plano imaginario que nos obliga, dice Lorente, a orientarnos por medio de todo el contexto para interpretar adecuadamente el texto. En el poema proliferan los recursos estilísticos, usa términos astrológicos, epítetos culteranos, abundancia de la hipérbole; además es frecuente encontrar la simetría bilateral en los versos para equilibrar, musicalizar y dar movimiento. Las imágenes visuales auditivas, olfativas y táctiles confieren al texto colorido y sensualidad, ayudando a mantener la exaltación religiosa que describe a San Francisco.

Lorente Medina deja claro que Sigüenza y Góngora consigue un texto denso y complejo por la cantidad de recursos utilizados. En esta obra el editor ha regularizado vacilaciones ortográficas sobre s/z encontradas en la edición de 1700 e incluye seis grabados pertenecientes al ejemplar de la *Vida iconológica* de Gaspar Juárez, propiedad del doctor Javier Añoveros,

secretario general de la cátedra San Francisco Javier, poseedor de un rico fondo javeriano. *Oriental planeta evangélico* nos introduce al mundo barroco novohispano de la mano de Carlos de Sigüenza y Góngora, “el polémico sabio”, a través de una epopeya sacra y panegírica.—IRMA LETICIA MAGALLANES CASTAÑEDA, Universidad de Sevilla.

Luis Tribaldos de Toledo: *Historia General de las continuadas guerras i difícil conquista del gran reino i provincias de Chile, desde su primer descubrimiento por la nación española, en el orbe Antártico, hasta la era presente*. Edición, introducción, apéndice documental, notas e índices de María Isabel Viforcós Marinas. Universidad de León, Colección Tradición Clásica y Humanística en España e Hispanoamérica, Tomo 8, 2009. 519 pp.

La Guerra de Arauco fue sin lugar a dudas uno de los procesos históricos más relevantes de la conquista y el asentamiento español en América. Por lo tanto, llamó la atención no sólo de los soldados, encomenderos, vecinos y autoridades locales, sino también de las altas jerarquías peninsulares, en particular, del monarca y el Real y Supremo Consejo de Indias, que, dadas las desalentadoras noticias emanadas desde el reino de Chile, decidieron intervenir con mucha fuerza para poner término a la actividad bélica y a la fiera resistencia que daban los araucanos en la zona de Frontera, como se conocía a la región próxima al río Bio-Bio.

Tal como lo planteaba el Premio Nacional de Historia, Álvaro Jara Hantke, en su libro *Guerra y Sociedad en Chile*, la actividad beligerante de los araucanos marcó el desarrollo socio-económico del reino de Chile durante el proceso de conquista del siglo XVI y comienzos del XVII. Significó el fracaso de la hueste o el sistema bélico privado y obligó a la Corona a establecer el Real Situado, para formar un ejército profesional, estatal, permanente y pagado, tras el levantamiento general indígena, que se inició con el desastre de Curalaba y se prolongó con inusitada violencia hasta 1603.

La conciencia del fracaso del sistema bélico privado, la destrucción de las villas y fortalezas ubicadas al sur de la línea del Bio-Bio, la pérdida de parte importante de los lavaderos de oro más productivos en una débil eco-